

IN MEMORIAM

Enrico Berti

(1935-2022)



Fotografía cedida por Andrea Berti

In memoriam
Enrico Berti
(1935-2022)

ALEJANDRO G. VIGO

Universidad de los Andes
Facultad de Filosofía y Humanidades
Instituto de Filosofía
7550000 Las Condes, Santiago (Chile)
avigo@uandes.cl

El pasado 5 de enero falleció en Padua el Prof. Enrico Berti, experto de renombre mundial en el campo de la filosofía antigua y uno de los más importantes aristotelistas de la segunda mitad del siglo XX. Nacido en Valeggio sul Mincio en la provincia de Verona, Berti estudió filosofía en la Universidad de Padua, donde se graduó en 1957 y fue profesor asistente entre 1961 y 1964. Entre 1965 y 1969 enseñó en la Universidad de Perugia y en 1971 regresó a la Universidad de Padua, donde permaneció hasta su retiro en 2009. En 2010 fue nombrado profesor emérito de esa universidad. Fue profesor visitante de diversas universidades y centros de estudios de Europa y América. Tuvo una amplísima actividad como miembro de diversas sociedades científicas y filosóficas, entre otras, la “Società Filosofica Italiana”, a la cual presidió en dos oportunidades (1983-1986 y 1995-1998), y el “Institut International de Philosophie” de París, del cual fue miembro titular y también presidente (2012-2014). Berti recibió, además, una importante cantidad de premios y distinciones,

nacionales e internacionales, por su destacadísima labor como profesor e investigador. El listado de sus publicaciones es verdaderamente impresionante, no sólo por su amplísimo número, sino también, y muy especialmente, por su extraordinaria calidad y por la enorme influencia que sus escritos han ejercido en la investigación especializada de la segunda mitad del siglo XX y lo que va del XXI.

Ya en su época de estudiante en Padova, Berti descubrió al que iba a ser su principal filósofo de referencia, a lo largo de toda su carrera: Aristóteles. Ese temprano descubrimiento tuvo lugar gracias a la mediación de Marino Gentile (1906-1991), a quien se considera el fundador de la escuela (neo)aristotélica de Padova y a quien Berti ha reconocido siempre como su maestro. Como el propio Berti lo ha explicado en más de una ocasión¹, fue en el marco de su interés por el debate contemporáneo en torno a la viabilidad de la metafísica tradicional —un interés cuyo trasfondo existencial venía dado en su caso también por la cuestión relativa a las relaciones entre la filosofía y la fe cristiana— como encontró por primera vez, gracias al consejo de Gentile, su camino hacia Aristóteles. Ese primer encuentro fue el inicio de un proceso de estudio y apropiación que, en rigor, abarcó toda la carrera filosófica de Berti. En dicho proceso, el interés inicial por el Aristóteles metafísico y, en general, teórico fue dando paso gradualmente a un creciente interés también por el Aristóteles práctico, que se hizo dominante en los años '80, para retornar finalmente, sobre todo, a partir del cambio de siglo, a lo que había sido el punto de partida.

Naturalmente, en la parábola que describe este movimiento de ida y vuelta, el retorno final al interés metafísico de los comienzos tuvo lugar de un modo completamente nuevo y diferente, porque estaba apoyado ahora en la incorporación y asimilación de toda una amplísima gama de elementos derivados de la confrontación productiva con las corrientes más representativas y más influyentes del pensamiento contemporáneo. Pero, bien miradas las cosas, es esto mismo lo que estaba incoado ya, de alguna manera, en el comienzo.

1. Véase, por ejemplo, la entrevista aparecida en “Anuario Filosófico” XLII/3 (2009) 513-524.

Desde este ángulo, bien puede decirse, pues, que el interés de Berti por Aristóteles estuvo enmarcado, desde el principio hasta el final, por un interés más amplio de carácter sistemático, en el cual la pregunta por la posibilidad y la estructura del discurso metafísico jugó un papel central y, por así decir, estructurante, pero sin conducir jamás a una focalización unilateral que hiciera perder de vista la amplitud de la problemática filosófica, como un todo. También en esto, me parece, Berti fue fiel a lo más propio y distintivo del genuino espíritu aristotélico, que encarnó tal vez como nadie en el panorama filosófico contemporáneo.

Si hubiera que resumir en pocas palabras lo esencial del legado filosófico de Berti, más allá de sus invalorable aportes a la discusión especializada de una enorme variedad de problemas de detalle, me atrevería a señalar tres elementos fundamentales. El primero tiene que ver con su recuperación de una idea del saber y la racionalidad reconciliada con el punto de partida en la experiencia del mundo circundante, tal como ésta caracteriza a lo que la fenomenología suele llamar la “actitud natural”. Para ello, Berti se orientó a partir de un rasgo peculiar del método filosófico de Aristóteles, que la investigación especializada puso de relieve especialmente desde comienzos de los años '60 del siglo XX, a saber: su componente “dialéctico”, en el sentido preciso que remite al papel que cumplen la consideración y la discusión de las opiniones más “plausibles” o “reputadas” (*éndoxa*) sobre cada asunto a investigar. Un segundo elemento, estrechamente conectado con el primero, se vincula con la decidida rehabilitación, también frente a concepciones contemporáneas alternativas, de la concepción aristotélica de la racionalidad práctica, tal como adquiere expresión especialmente en la noción de “prudencia” o “sabiduría práctica” (*phrónēsis*) y, paralelamente, también de la idea aristotélica de una “filosofía práctica”, entendida como una ciencia aspira a guiar la acción en el campo de la ética y la política. Se trata, en este caso, de una ciencia peculiar, que tematiza el ámbito de despliegue propio de la “prudencia” o “sabiduría práctica”, pero que no se confunde con esta última ni aspira a sustituirla. El tercer elemento tiene que ver, por último, con la defensa de lo que Berti ha llamado a veces una “metafísica humilde”, al modo de la que

había sido sugerida en su día por su maestro Gentile. Se trata de una metafísica que posee una cierta inspiración aristotélica, pero a la vez queda liberada de los presupuestos cosmológicos de la concepción desarrollada por Aristóteles, los cuales han quedado definitivamente obsoletos. Rescata, sin embargo, la actitud aristotélica de asombro frente a la realidad, que no puede ser completamente explicada por recurso a las causas particulares que indagan las ciencias, y, sobre esa base, enfatiza también, como lo hace el propio Aristóteles, la necesidad de la búsqueda de una causa última, de carácter absoluto y trascendente. Esta “metafísica humilde”, que sabe de sus propias limitaciones y se hace cargo del estado actual de la ciencia, no busca ya demostrar nada de modo definitivo. Se contenta, más bien, con mantener siempre abierta la posibilidad de su propio preguntar y se limita entonces a refutar dialécticamente las pretensiones dogmáticas de aquellas concepciones que se arrojan falsamente la capacidad de cancelar de una vez y para siempre dicha posibilidad.

Además de su enorme erudición, su finura interpretativa y su serena radicalidad filosófica, ajena a toda forma de estridencia y de dogmatismo, Enrico Berti impactaba a quienes tuvieron la fortuna de conocerlo por su caballerosidad, su sencillez, su sentido del humor y su bonhomía. Su partida es, sin duda, una pérdida irreparable, también para *Anuario Filosófico*, que lo contaba desde hace mucho tiempo entre los miembros de su consejo consultivo. Quedan, sin embargo, su imborrable recuerdo y su impresionante legado. Y queda también el ejemplo de su lucidez esperanzada, esa que sólo puede ser fruto de la verdadera humildad.

BIBLIOGRAFÍA

